SENECA.

La cabeza que manifiesta la viñeta anterior, es de bronce, de dos palmos de longitud y tres y medio de circunferéncia, y se conserva en la biblioteca nacional desde la muerte del infante D. Gabriel, á quien se dice se la mandaron de Italia, en cuyo pais se encontró en una escavacion. Este precioso resto de las artes antiguas, representa en el acto de espirar á *Lucias Aunæus Seneca*, célebre español que nació en Córdoba el año 2 ó 3 de J. C. bajo el imperio de Augusto, y que despues de una larga vida de desgrácia y de fortuna atraida por su singular talento, en cuyo tiempo no dejó de manchar con algunos feos borrones las páginas de su ilustre história, murió á impulso del ódio de su discípulo Neron, que pagó sus servícios haciéndole abrir las venas en un baño caliente. El valor de Séneca en el suplício fue admirable, pues desde él dictó un solemne discurso que es bien conocido; pero no lo fue menos el de su muger Paulina que para no sobrevivir ni un instante al hombre que queria, se hizo abrir las venas al mismo tiempo que á él, si bien afirma Dion Cassio y otros, que la bella Paulina fue obligada por su esposo á hacer este sacrifício. Tácito en sus anales escribió perfectamente la vida de este filósofo escritor, y á sus obras y á las biografias de hombres célebres, remitimos á los que quieran mas pormenores de nuestro ilustre compatriota. La espresada cabeza pertenece aun al buen tiempo del arte. C.

1519.

1.°

Sí, mañana: ninguno de esos estrangeros dejará de morir; todo está preparado y previsto; la mayor parte de las calles estan minadas, en sus zanjas hay multitud de maderos clavados y bien agudos donde se inutilizarán los esfuerzos de sus caballos; todas las casas estaban llenas de soldados valerosos que á la deshilada se han introducido en la ciudad; mañana todos ellos ocuparán los tejados y ventanas, y lloverán piedras y dardos; ademas veinte mil guerreros estan acampados en las cercanias y con ellos el éxito no es dudoso; los españoles perecerán. Sin embargo, al própio tiempo que confiamos en el esfuerzo de nuestros brazos y en la justícia de nuestra causa, tambien esperamos en la proteccion de nuestros dioses; sin su apoyo serán inútiles nuestros trabajos. Estan irritados contra nosotros, y debemos aplacarlos. ¿No es verdad? Mañana, en tanto que millares de jóvenes magullarán enardecidos con sus tremendas mazas los viles cráneos de esos advenedizos, los ancianos reunidos en el templo entonarán los cánticos religiosos, quemarán delicados perfumes, encenderán el fuego sagrado y ofrecerán á las llamas y al cuchillo

sacerdotal diez niños escogidos entre los nobles, diez niños cuyos corazones no esten manchados con el crímen...

¡Diez niños!

¿Qué es lo que veo? la preséncia del rayo no te hubiera causado mas profunda sensacion... Acaso... ¿por qué lloras?... qué causa tu dolor...

—Nada.

—Lo veo, tienes un hijo, es verdad, pero alegrate.....

—¿Se han elegido ya?

Sí.

—Padre de la luz; yo te bendigo.

—Sí, le puedes bendecir; no pudiera dedicarse á un objeto mas grandioso... jamas.

—¿Qué dices?... Será acaso.

—De los diez uno.

2.°

Lloraba una jóven hermosa como un sol. A su lado estaba un hombre cubierto de acero de pies á cabeza, apoyando su mano izquierda sobre el pomo de su ancha espada toledana. Su yelmo está adornado de matizadas plumas, negro bigote cubre sus encendidos lábios, una banda roja atraviesa su luciente armadura, varios joyeles penden de sus hombros y calza doradas espuelas. Estas galas que algun dia habian fijado asombrosamente la atencion de la jóven que llora, ahora se ocultan á sus ojos bañados en lágrimas, y á pesar de su reverberante brillo no hieren sus pupilas. Para calmar el dolor desconocido al guerrero este le dice.

No me dices la causa de tu lloro; habla, tal vez yo pueda restituirte lo que deseas. ¿Tienes padres? ¿Tienes hermanos? ¿Gimen algunos en cadenas? Yo te ofrezco salvarlos. Aunque hayan conspirado contra mi própia existéncia, dímelo y tu deseo será un decreto de libertad; no tengas miedo, habla. Mi poder se estiende á todo. Todo lo puedo yo.

¡Todo no! esclamó con dolor la jóven.

Es verdad, no puedo conseguir tu cariño, pero alcanzado este, no hay imposibles sobre la tierra para mí. Yo pudiera probartelo y sin embargo... Mira, yo leo en tu corazon; sé porque gimes; sé lo que deseas.

—Español, te engañas.

No lo creas, estoy cierto de no equivocarme; mas te digo, ahora mismo pudiera hacerte feliz.

¡Feliz! ¿Y qué te detiene?

Porque espero una palabra tuya, una palabra de consuelo: "Te amo."

No quiero decirte yo te amo porque creerias que te engaño, pero te daré una prueba mucho mas positiva. Yo voy á cumplir lo que deseas, pero tú no puedes realizar lo que prometes. ¿Quieres que te demuestre mi aprécio? Pues bien; mañana... no salgas del cuartel.

¿Y por qué?

Porque si sales... morirás. ¿Ves esa calle? Esa y todas las avenidas del cuartel vuestro estan minadas; mañana el peso de vuestros brutos las hundirá; en las zanjas hallareis la muerte, las mismas os servirán de sepultura: millares de guerreros oculta cada uno de los bosques próximos... y vosotros sois muy pocos... sumamente pocos.

—¡Es verdad!

¿Dime, es esta una prueba de amor?... ¿No eres un enemigo de mi pátria y sin embargo yo la soy desleal? Pues bien, ahora... ¿Qué oigo? Es un clarin.

No puedo detenerme. A Dios.

—Escucha...

—Imposible.

¡Se fue! ¡Y yo le he advertido su peligro! ¡He faltado á los mios! ¡El va á salvarse y mi hijo queda en el peligro!

3.°

Un ay de muerte resonaba por todas las calles de Cholula, los dardos silvaban en todas direcciones. Quinientos hombres escasos se defienden de fuerzas centiplicadas y sin embargo estos quinientos hombres bastan para aterrar á sus implacables enemigos: todo perece al filo de su espada y todos huyen á su terrible amago. Protegidos por algunas piezas de artilleria que no es fácil apagar á los contrários no dudan de la victória. Ellos mismos ven con horror volar desechos en átomos mil los cuerpos humanos que han tenido audácia de hacer frente á las bocas de fuego, y en médio de la mortandad compadecen á los desgraciados.

Bien pronto los enemigos de España reconocen su desventaja, huyen precipitados y corren á guarecerse en lo interior de un santuário. Escudados con sus muros, aun quieren pelear y vender caras sus vidas. ¡Inútil esfuerzo! Los españoles les intiman su rendicion y no siendo escuchadas sus palabras aplican voraz fuego á los cuatro ángulos del templo.

¡Que espectáculo! El humo empaña la azulada bóveda, oscurece los rayos del sol y ahoga á sitiadores y sitiados. Los techos de cedro y de ciprés se desprenden ardiendo con aterrador estrépito y miles de víctimas perecen entre sus escombros. En médio de este cuadro de destruccion, hay un génio que se regocija y complace, un ser que rie cuando todos lloran y siente un placer inesplicable en el estermínio general. Es una muger.

"Perezcan dice, allí ha perecido mi hijo, allí deben perecer todos, él era inocente y murió, no existan pues los criminales: pero si mis compatriotas han inundado el suelo con su sangre, si por mí han perecido sus principales campeones y no obstante he perdido á mi hijo ¿no deberé vengar los males que yo sola he motivado? Si, yo debo tambien derramar sangre, la sangre de un español. Calló, astutamente guardó un ins-

trumento fatal, una arma envenenada. En médio de los españoles se presenta un guerrero, el gefe que los mandaba, á él se avalanza la muger y esgrime su arma contra la impenetrable coraza.

¿Qué haces Elmira? la dice, ¿tú atentas contra mi? Tú la que por siempre escuchó de mi boca los afectos de mi pasion. Tú quieres matarme cuando nunca he sido mas digno de tu amor? ¿Quieres asesinarme cuando si aprecio mi triunfo es para repetirte yo te adoro? Quieres acabar mis dias cuando vengo á ofrecerte.

¡Mi hijo!

—Mírale.

El águila no se lanza con mayor prontitud sobre su presa como la madre sobre el hijo: le estrecha entre sus brazos, le prodiga innumerables besos y riega sus frescas megillas con las lágrimas de placer que brotan sus ojos. Los soldados gritan entusiasmados, saludan al vencedor de Cholula y aclaman el nombre de Hernan Cortes.—A. G.

Costumbres de la edad media.

DE LOS TORNEOS.

Articulo segundo.

Luego que por un soberano ó por un señor se habia publicado un torneo, lo que se hacia por medio de público pregon ya por cartas misivas á los pueblos que le rendian tributo, ya á los estranjeros vecinos á fin de invitar á los caballeros y paladines que quisiesen acreditar su valor, alcanzar el premio de la victória ó aspirar á la glória, haciendo de este modo conocer sus hechos de armas y su valor, se disponia el sítio donde debia de verificarse: generalmente se aderezaba para este fin la plaza mayor de la córte, si era capaz, y en su defecto en el campo mas llano y próximo al lugar señalado, se atajaba en forma circular á manera de circo un gran espacion con ballas ó barreras, y cercado de tablados suntuosamente entapizados para los soberanos que daban la fiesta, para la córte y las damas de la nobleza, y para los ancianos caballeros que por su conocido valor y esperiéncia en los juegos, habian de formar tribunal para sentenciar en él como jueces del torneo, cuyo título era á la sazon muy honroso. El pueblo lo veia en una parte del palenque destinado á él.

Era costumbre en muchas partes el fijar una espécie de edicto en una adarga que sostenia una lanza en la entrada princípal del palenque, en el que se hallaban las leyes del torneo que variaban mas ó menos; pero que generalmente se reducian á estas reglas generales: *en no herir jamas de punta, no tocar ni maltratar el caballo del contrario, no darse lanzadas mas que en la cabeza y tronco del cuerpo, y no pelear dos contra uno sino en los casos que se marcase de esta suerte.* Que rejian estas leyes en España lo acredita el ordenamiento de la órden de la banda de D. Alonso XI, en el que al hablar de los torneos dice: "Decimos que la primera cosa que deben facer los fieles cuando los „caballeros quieran comenzar el torneo; que las espadas no las „trayan agudas en el tajo ni en la punta, sinon que sean romas: „que no traigan agudos los aros de las capellinas. Otrosi, que to„men jura á todos los caballeros que no den con ellas de punta „en ninguna quisa ni reves al rostro. Otrosi, si alguno cayere „en tierra que le no entropellen. Otrosi, á les á dicir los fieles „que comiencen el torneo cuando tanjeren las trompetas e los „atabales: e cuando oyeren el añafil tañer que se tiren afuera e „que se recoja cada uno á su parte. E otro si dicimos que si el „torneo fuere grande de muchos caballeros en que haya pendo„nes de cada parte e se obieren atrabar los caballos los unos „de los otros para se derribar de los caballos, que los de los ca„balleros que fueren ganados de la una parte e de la otra, que „sean llevados á do estobieren los pendones e que no sean da„dos á los caballeros que los perdieren fasta el torneo pasado" (*codice de la Biblioteca Nacional*). Los caballeros que quebrantaban las leyes del torneo perdian el prémio y pagaban una multa ó se les castigaba con arreglo á la clase del delito.

Algunos dias antes de la celebracion del torneo, se reunia el tribunal en un sítio público, de los jueces de que va hecha mencion, y ante ellos presentaban los caballeros admitidos á él ya por sí ó por medio de sus escuderos de preferéncia é hidalguia, los escudos de sus armas. El pueblo asistia á esta clase de examen de poderes por decirlo asi, en particular el bello sexo cuya curiosidad era estremada, como en todos tiempos, si bien entonces con mas razon pues al cabo á tan hermosa mitad del jénero humano pertenecia y se dedicaba la mayor parte si ya no el todo de estas diversiones. Un rey de armas ataviado con lijera y purpúrea túnica sobre la que ostentaba una rica dalmática en la que brillaba con brocado de oro y ricas piedras el escudo de armas de su señor, publicaba y daba notícia en alta voz de los caballeros á quienes pertenecian los escudos.

El dia de este examen era terrible para el caballero que hubiese ofendido de obra ó de palabra á alguna dama, pues dependia de ella su ejemplar y público castigo. En efecto si al enseñar y esplicar el rey de armas el escudo de un caballero, alguna dama le tocaba con la mano, esta accion marcaba al delincuente; el rey de armas daba parte en el acto á los jueces y pedia justícia contra el caballero á quien pertenecia el escudo. Los jueces procedian inmediatamente á tomar escrupulosos informes, y si probaban el hecho, sentenciaban sin apelacion á que sufriese el merecido castigo el dia que se presentase en la lid como diremos en su lugar.

La fiesta empezaba la víspera del torneo: los caballeros que habian de tornear, presentaban á sus escuderos vistosamente equipados, ya caballo ya á pie y celebraban una especie de fiesta que llamaban ensayos ó pruebas. Sin embargo que las armas de que usaban dichos domésticos no eran ni tan fuertes ni templadas como las de sus señores, se cegaban de tal suerte en el combate por honor del pabellon que defendian y prevenir á su favor la victória al dia siguiente, que generalmente no se terminaba sin que costara la vida á alguno muriendo víctima de su orgullosa fidelidad.

Llegado el deseado dia los jueces se volvian á constituir en tribunal algunas horas antes para examinar si las armas de los combatientes que debian entrar en liza, estaban conformes á los reglamentos del torneo y leyes de caballeria. Aprobadas dichas armas ó las entregaban á sus dueños bajo la palabra de no usar de otras, ó las dejaban en depósito en el palenque lo que era pocas veces.

La hora de la funcion dependia de la estacion y del número de paladines. Conforme se iba aproximando concurria por todas partes numeroso pueblo lleno de regocijo y ansiedad á disputarse el puesto en el palenque. Las autoridades llegaban en corporacion de gran gala, y las damas ataviadas con las preseas del lujo, iban entrando en la plaza en sus palanquines, ú ostentando su grandeza dentro de ricas sillas conducidas sobre los hombros de sus domésticos, las que dejaban para subir al entapizado tablado sobre el que á manera de dosel que coronase su hermosura ondeaba el blason de sus armas ó el de sus caballeros: ricos reposteros colgaban de los tablados por lo

que se venia en conocimiento de las famílias á quienes correspondian.

Los soberanos aparecian en el suntuoso trono dispuesto al efecto y las trompas y atabales resonaban anunciando su llegada. Los reyes de armas engalanados con sus dalmáticas y penachos de vistosas plumas, ocupaban sus puestos, señalados de antemano, y mandaban á una porcion de farautes y demas oficiales encargados de hacer observar á los combatientes las leyes de caballeria y dar cuenta exacta á los jueces de los golpes que daban y recibian mutuamente los caballeros. Al son de los bélicos instrumentos y entre los aplausos de la multitud, iban entrando en el circo los torneantes con preciosos vestidos y con caballos ricamente enjaezados seguidos cada cual de una magnifica comparsa de escuderos que conducian, en otros caballos, lanzas y otras armas cubiertas con ricos resposteros. Algunos caballeros eran conducidos á la estacada por sus mismas damas que presentaban tan valientes esclavos atados con cadenas de fina plata y oro puro, las que les quitaban al entrar en la lid, gloriándose (como dice un escritor de aquella época) cada torneante de publicar en alta voz, ser el esclavo de la dama que le conducia á la pelea á cuyo título y en reconocimiento daba la dama al caballero, alguna de las prendas que servian á su adorno, la que colocaba inmediatamente el favorecido amante en la punta de la lanza, y cuando la suerte de las armas hacia pasar alguna de estas preciosas prendas al poder del enemigo vencedor, le remitia la dama otra nueva á su caballero para consolarle y animarle á la pelea.

Prevenido todo para empezar la fiesta, se nombraba por aclamacion de las damas un caballero con el título de *juez de paz*, cuyo ministério era favorecer y mediar á favor del caballero que por inadvertencia violase las leyes del torneo y de la caballeria en cuyo caso se atraia por enemigos todos los combatientes. Cuando acontecia un lance de esta especie, el campeon de las damas en cuya lanza ondeaba, como divisa de su empleo, alguna prenda femenil, acudia al perseguido caballero y poniendo la punta de la lanza sobre su cabeza, manifestaba por esta accion estar perdonado por las damas de su falta, y en el momento le dejaban sus contrarios, dando él al rededor del circo las mas espresivas gracias al bello sexo en señal de gratitud.

Si en el dia de la presentacion de los escudos, de que hemos hecho mencion, se habia sentenciado algun caballero, y este se hallaba presente, la funcion empezaba por su público castigo. Todos los caballeros le rodeaban, y despues que los heraldos publicaban su falta, pero sin nombrar la dama ofendida, descargaban sobre el insolente caballero una infinidad de golpes con las astas de las lanzas para castigar su temeridad y enseñarle á respetar las leyes de caballeria y el honor de las mugeres. El desgraciado no tenia otro remedio que gritar pidiendo favor á las damas que se hallaban presentes, las cuales suplicando con voces á favor del delincuente, era absuelto por los jueces que mandaban al juez de paz para que cesase la ejecucion de la sentencia.

Publicaban los heraldos el torneo y los prémios señalados á los vencedores colocados sobre un tablado ricamente alhajado, y entre los melodiosos acentos de bélicos instrumentos, los aplausos de las damas y la voceria del vulgo, se lanzaban los combatientes, reunidos de antemano en diversas cuadrillas, unos contra otros procurando derribarse de los caballos y vencerse; defendiéndose con sus adargas en los que llevaban genoglifias que despues fueron su blason y hoy armas de nuestra nobleza, y algunas veces, trocando la diversion en duelo, buscándose mutuamente donde enrirse de muerte para vengarse y librarse de esta suerte de un enemigo. Los partidos se agitaban en esta pugna con encono y las mas veces no se apartaba de entre ellos la traicion. La multitud de volantes, estaféros ó mozos de espuela que vestidos en trages raros y diversos asistian á los mismos combatientes ya á entregarles nuevas armas, ya á recoger las rotas, lo precioso y rico de los arneses de caballeros y caballos, y la dulce armonia de los marciales instrumentos, formaba el objeto mas sério, magnífico y admirable que puede verse si hemos de creer á los escritores que presenciaron estos grandiosos espectáculos. Los victoriosos mandaban, en médio del combate, á sus damas á los contrarios que vencian para que dispusiesen de ellos á su voluntad, y afinojados ante la bella dama del victorioso, aguardaba el desgraciado su senténcia que á no haberla hecho de antemano alguna ofensa generalmente era generosa. Hecha la señal por el soberano para finalizar el torneo, tañia el añafil y al oirle todos los caballeros se separaban inmediatamente del combate. En seguida á otra señal cada caballero corria una justa en honor y obséquio de su dama, y como en este ejercicio era donde se veia campear el verdadero valor, era en el que tenian mas empeño en salir victoriosos.

Los prémios se distribuian acabada la funcion: para esto los reyes de armas presentaban al tribunal unos libros donde habian anotado las particularidades de cada caballero. Para examinarlos se llamaba al tribunal una diputacion de las damas que eran las soberanas del torneo. En el ordenamiento de D. Alonso XI ya citado con relacion á este juicio en España se lee; "Otrosi dicimos que de que fuere pasado el torneo, que se de„ben ayuntar todos los fieles é dicir y escoger por la verdad que „son tenudos á dicir como fieles segun su entendimiento cual „caballero obo la mejoria del torneo tambien los de la una par„te como los de la otra porque den prez al buen caballero de la „una parte e al otro de la otra que fallaren que andobieron y „mejor."

Los premios se daban por varios títulos ó motivos, ya por fuerza, habilidad ó valor, con que se habian distinguido los combatientes, ya por haber estado mas tiempo á caballo sin perder el estribo, por haber quebrado mayor número de lanzas, haber estado mas tiempo cubierto con la visera ú otras causas que se decidian en aquel tribunal emanfrodita. Cuando los jueces no premiaban á algun caballero que lo merecia, las damas eran arbitras de darle otro á su eleccion el que no era de menos valor y estimacion para los agraciados. Concluido el juicio y adornados los caballeros con los laureles de la victória, daban una magestuosa vuelta al compas de la música por el circo y concluida, cada cual ponia á los pies de la dama de sus pensamientos su prémio como trofeo de amor, lo que era muy aplaudido, y recogiéndolos ellas para engalanarse con ellos si eran cosas portátiles como joyas ó bandas, los caballeros corrian unas parejas en obsequio del soberano y terminaba una funcion que despojada de la parte bárbara que solia tener entonces, era digna de la grandeza de una nacion y no desdiria de la ilustracion del siglo en que vivimos.

B. S. Castellanos.

LA EVOCACION.

Es la noche bien entrada
y el bóreas las negras copas
de los cipreses combate
que un cementério decoran.
La luna entre nubes pardas
su lumbre nítida arroja
reflejando tristemente
sobre las fúnebres fosas.
Tétrico siléncio aumenta
en la mansion pavorosa
el emblema aterrador

de potestad matadora.
Alterado solo á veces
por el rumor de las olas
que embravecidas se estrellan
gimiendo contra las rocas,
ó por el canto hazaroso
de ave siniestra que agora
en la cavidad de un sauce
con voz destemplada y ronca.
Llama mefítica oscila
recorriendo vagorosa
el recinto funeral
como exalacion radiosa.
Desfallida y macilenta
triste beldad seductora
sobre el mármol de una tumba
á la vaga luz se nota.
Lánguida lumbre del cielo
su pálida faz colora,
y el meteoro que huye
su figura misteriosa
ya fija en el cielo túrbio
la mirada dolorosa.
Ya por el recinto lúgubre
tiende la mirada loca.
Luego con trémulo acento
á las sombras apostrofa,
y á los sepulcros demanda
al que frenética adora.

"Vuela á mis brazos amantes,
brota de la tumba fria,
y devuelve al alma mia
los placeres que perdió.
Duélate el llanto que vierto
congojada y dolorida,
dame con tu vida vida
ó, como tú, muera yo.
Que existir sin tus carícias
sin oir tu dulce acento
es devorador tormento
que yo no puedo sufrir.
Cuando recuerdos felices
se agolpan á mi memória,
borra la pasada glória
horroroso porvenir.
Que es la vida sin amar
insoportable tortura:
existencia de amargura
que odio y abomino yo.
Vuela á mis brazos amantes,
brota de la tumba fria,
y devuelve al alma mia
los placeres que perdió.

.....

Asi cantó. Sobre el mármol
que cubre la amada fosa
cayó inerte la infeliz
cuando brillaba la aurora.

A.

Las dos Ventas.

El cielo despejado y azul presentaba apenas algunas hubecillas que vagaban dispersas por el espácio.

Todo Madrid gozaba del reposo del dia de fiesta. Un inmenso gentio cruzaba en todos sentidos por las calles principales; los unos se habian ataviado con sencillez y limpieza, los otros ostentaban en sus vestidos el lujo y la elegáncia.—El salon estaba esmaltado de sin número de personas que se confundian en mil y mil vueltas; casi todos para dejarse ver ellos y su traje; otros menos preciados de su persona ó de sus vestidos, para gozar del sol con libertad en el espácio que queda siempre desocupado entre la fuente de los cuatro tiempos, el flujo y reflujo de los elegantes. El *buen tono* en su reducido paseo para divisar á placer las señoras de los coches, y los coches y los caballos.

Las personas conocidas que se encontraban, decian unas á otras recíprocamente.—Que hermoso dia; sobérvio tiempo; buen dia para pasear &c. &.c; con otras tantas fórmulas que comunmente se emplean como moneda corriente de la conversacion.—Y por cierto que tenian razon para decirlo, porque lo repito, todo Madrid respiraba alegria, y todas las fisonomías se dilataban y se animaban con el benéfico calor de un tan hermoso sol de primavera.

Empero, mientras que todo el mundo pensaba en distraerse, en esparcirse por las calles y paseos de la capital, habia una altísima y miserable bohardilla asilo de dos seres dolientes. ¡Infelices! Qué les importaba á ellos la tibiez suave del aire, el benéfico calor del sol, cuando el hambre los hab'a vuelto insensibles á las escenas mas encantadoras de la naturaleza. ¡Ah! Si el que baja al Prado desempedrando las calles en el rápido y luciente tilburí á ostentar el primoroso trabajo de un artista del lado del Bidasoa, ó la corpuléncia y brios de su caballo, nacido mas allá del canal de la Mancha, hubiese llegado á penetrar en aquel ruin zaquizami, hubiese llegado á echar una triste mirada hácia aquellas paredes desmanteladas y súcias, ¡qué triste cuadro hubiera presentado á sus ojos! ¡Cuán cabizbajo, si sentia palpitar en su pecho un corazon de hombre, hubiera bajado á confundirse con aquella multitud bulliciosa y lijera, á ostentar el charol de su carruaje, los brios de su caballo!

En aquel granero no habia nada; ni un cama, ni una sola silla..... ¡Ah! ¿No es verdad que tal pobreza es muy triste y dolorosa?—Allí, en un rincon estaban tan solo los dos habitantes de la bohardilla;—sobre un monton de paja un niño; á su lado una muger acurrucada y taciturna... .. su madre. ¡Qué cuadro aquel comparado con el de afuera! Aquella pobre madre no estaba destinada á ver tranquila y sonriendo correr y retozar á su tierna criatura, abandonando á la suavidad del ambiente sus hermosos rizos rúbios.—Duerme, duerme, podre hijo mio; durmiendo olvidas el hambre al menos,—pobre criatura, cuando te despiertes llorarás, me pedirás pan..... ¡Dios mio, inspirádme qué es lo que debo hacer para dar de comer á mi hijo!—La desventurada vertia lágrimas en abundáncia, y se cubria la cara con las manos, como si

quisiera apartar de su vista un espectáculo horroroso. —Morir de hambre, añadió, y él tambien, tan pequeño, tan gracioso..... ¡Ah es horrible! — Dios mio: ¿qué es lo que yo he hecho para ser tan desgraciada? ¿Qué fatalidad me persigue? En vano he hecho todo lo posible, he dado mil pasos por encontrar un poco de trabajo para ganar algunos cuartos. ¡Ah! bien lo veo! ¡Eusébio! Tu muerte ha sido para la pobre Agustina, el orígen de todas sus desgrácias. Entonces se levantó y paseó por la bohardilla una mirada lenta y escudriñadora: despues susurró en voz sorda y casi imperceptible estas palabras, nada, nada mas que vender: ¡será preciso que muera! Y contemplaba con indefinible espresion de ternura y temor el semblante de su hijo que dormia.

En efecto, el niño estaba al parecer muy malo; sus carrillos comunmente sonrosados y llenos, estaban pálidos y huecos; sus ojos hundidos, sus lábios blanquecinos, todo su cuerpo estenuado y flaco, anunciaba sobradamente su estado de padecer y aniquilamiento. ¡Y su pobre madre cuan pálida y flaca estaba tambien! ¡Cómo habian ajado su hermosura las privaciones y el dolor! Pero ella no pensaba en eso; olvidaba sus própios sufrimientos para no pensar mas que en su hijo. Toda su alma estaba absorta en el terrible momento en que se dispertase su querida prenda. ¡Su prenda querida! Tan débil y tan delicado, en una edad en la que no debia haber conocido mas que la risa y el contento; apenas en la vida, no veia en torno suyo mas que lágrimas y amargura, y apenas en la cuna, sus primeros pasos iban á tropezar en la tumba.—No, no, es imposible esclamó Agustina, el cielo no me abandonará, no dejará morir asi á mi pobrecito Eduardo; y echando sobre sus hombros un mal pañuelo salió de allí: la desgraciada no sabia donde ir ni qué hacer, pero era preciso buscar pan para su hijo.

Cuando llegó al pátio se detuvo, vacilando si una vecina rica que tenia en él su cuarto, seria compasiva, y la daria alguna cosa, pero la tal vecina era una vieja mala é intratable, que no tenia cariño mas que á dos cosas en el mundo: á *azor* y á *minina*: su perro y su gata. Habia ademas en aquel momento gran conciliábulo, debajo del ruin emparrado de su puerta, lo cual aumentaba la desconfianza de Agustina. Estando allí parada, reflexionando y sin acabar de decidirse á entrar ó irse á mendigar á otra parte, recogió algunas palabras de la conversacion, que la hicieron tomar una resolucion repentina.

.....

—Con que segun eso, comadre Gertrudis, el pintor del cuarto segundo necesita una jóven que la sirva de modelo para la Vírgen que está haciendo.

—Sí, señora Agueda, pero no crea vd. que necesita una jovencita frescota; es decir jovencita sí ha de ser, y bonita tambien, pero ya puede vd. suponer que ha de estar algo flaca ó enferma..... porque ha de servir para figurar á Ntra. Sra. al pie de la cruz, y ya vé vd. que estaria muy triste.

—Tiene vd. razon.

—Con que asi señora Agueda, si vuesa merced conoce alguna jovencita que quiera pasar por eso, la aseguro á vd. que será bien pagada, porque ademas, si es bonitilla, ha de saber vd. que don Ambrioso es un viejo *bromista* y..... ya vd. me entiende.

—Pues no la he de entender comadre, si habla como por boca de ángel; pero para servir de modelo creo que es necesario desnudarse.

—Toma, ya se ve que si.

—Es un horror de abominacion ponerse asi delante de un hombre.

.....

Agustina no escuchó mas, subió rápidamente la escalera y se detuvo temblando é indecisa delante de la puerta del cuarto segundo. Su corazon latia con violéncia; la verguenza la contenia la mano que agarraba ya el cordon de la campanilla. Iba á entregar y vender su cuerpo á la inspeccion lúbrica tal vez de D. Ambrósio; porque el epiteto de *bromista* que le habia dado Gertrudis en su lenguaje, resonaba aun en sus oidos.— Este D. Ambrósio se decia á sí misma, es sin duda algun libertino, y quiza se propasará creyendo tener derecho de usar ciertas libertades con una muger que se descubre asi delante de él. No es prostituirse tambien el ponerse desnuda á los ojos de un hombre! ¡Oh! No; jamas. Ya iba á retirarse; pero volvió de repente, agarró el cordon de la campanilla y tiró de él con fuerza: es que una voz interior, poderosa, irresistible la gritaba; ¡y tu hijo! Y ante aquel generoso sentimiento de madre habian desaparecido todos los escrúpulos de muger.

La introdujeron en el estúdio, y Agustina se halló frente por frente de D. Ambrósio, hombre bajo, de cara repleta, y ojos vivarachos.— ¡Qué quiere vd. señora? ¿En que puedo servirla? Dijo el pintor examinando con ojos de artista, á la pobre muger que se ruborizaba á cada mirada, porque á pesar de las muestras de destruccion que tantos padecimientos físicos y morales habian grabado en sus facciones, aun era hermosa.—Caballero, esclamó Agustina, he sabido que vd. necesitaba un modelo para una Santa Vírgen que está haciendo, y vengo á ofrecerme. Me han dicho que necesitaba vd. una jóven marchita por el dolor y la miséria, añadió con espresivo acento, y creo que yo reuno bastante bien esas últimas cualidades.—Tanto mas cuanto que vd. reune la primera tambien, que es la hermosura: si señora, vd. me conviene perfectamente, y si vd. quiere convenirse dándola 24 reales por leccion, vamos á ponernos á la obra en seguida. —Si señor... ¿pero... cómo necesito ponerme? Dijo la infeliz con voz temblorosa.—Es necesário respondió el rechoncho D. Ambrósio, que se ponga vd. esta espécie de túnica, de modo que quede el seno algo descubierto. Si vd. lo permite, yo la ayudaré á vd —Y el oficioso pintor dirigia ya una mano atrevida hácia Agustina, pero ella se hizo atras furibunda y magestuosa, esclamando.—No me toque vd. caballero,

no me toque vd. Yo le he vendido mi cuerpo para sus ojos, pero no para sus manos: me pondré desnuda enteramente si es necesario, y vd. me mirará, pero no ha de tocarme siquiera; no quiero caballero, lo oye vd., eso no entra en la venta.

El viejo *bromista* estaba atónito; no podia acabar de comprender aquella rígida virtud en una muger que venia á servir de modelo.

Pocos minutos despues, Agustina que se habia colocado detras de un biombo, para desnudarse y ponerse la túnica, se presentó delante del pintor, toda encendida y confusa de verse asi con el seno casi descubierto ante un hombre que apenas conocia. ¡Ah! cuanto debió sufrir la infeliz, durante aquella leccion, por los dichos picantes de D. Ambrósio y hasta por las esclamaciones de admiracion en que de vez en cuando prorumpia como artista, sobre el hermoso seno que estudiaba, y al cual la miséria apenas hiciera perder de su hermosura y perfeccion. Pero su hijo necesitaba pan, y ella lo sufrió todo con paciéncia por él. ¡Pobre madre!

Luego que se terminó la leccion, corrió Agustina inmediatamente á comprar pan y cuando entró de nuevo en la bohardilla, halló á su hijo llorando y llamando á su madre. Ay! madre mia, tengo mucha hambre, dijo el pobrecito al verla. Ten Eduardo, ten, aqui tienes pan; come hijo mio. La criatura se arrojó al pan con ánsia y su madre le miraba comer con un gozo inesplicable—No comes tú madre mia? dijo el niño; ven aquí á comer tú tambien; mira que es muy rico el comer cuando uno tiene mucha hambre. Estas palabras la hicieron pensar en ella misma, en su necesidad y se puso á comer.

En los cinco dias consecutivos dió las lecciones restantes, que hacian ciento veinte reales. Con esta cantidad vivieron algun tiempo madre é hijo, pero fue preciso pagar el cuarto lo cual disminuyó bastante sus recursos. En fin llegó un dia en que la pobre Agustina se vió reducida á treinta cuartos. Su situacion volvia á ser muy crítica; buscó nuevamente trabajo, pero parecia que la perseguia la desgrácia; nó encontró nada. Fue otra vez á casa de D. Ambrosio despues de haber agotado todos los recursos y haber empleado todos los médios, pero el pintor se habia marchado á Itália por tres meses. Tantos golpes á la vez acabaron de destruir su juventud y su salud. Cayó enferma; una calentura abrasadora y terrible la devoraba y la desventurada estaba alli sola, abandonada en su bohardilla sin tener á su lado mas que á su hijo, que lloraba de ver padecer á su madre y la pedia pan. Era horroroso el ver el delírio que la consumía: llamaba sin cesar á su Eduardo, y la inocente criatura, la respondia juntando las manos: aqui estoy madre mia; aqui estoy; tengo mucha hambre; dame de comer madre: pero ella ya no le oia ni le veia.

Empero una mañana cesó su delírio. Desventurada! su situacion era aun mucho mas cruel, entonces vió á su lado tendido en tierra á su hijo pálido é inanimado. Agustina dió un grito terrible porque creyó que estaba muerto, pero su corazon latia todavia. Entonces le cogió en sus brazos y apretándole fuertemente contra su pecho parecia que queria comunicarle todo el calor de su cuerpo, para volverle á la vida; al própio tiempo esclamaba en voz ronca y apagada hijo mio, responde! hijo de mis entrañas! respondeme! El niño abrió como por encanto los ojos; su primera palabra fue "madre" la segunda "tengo hambre"—Tienes hambre Eduardo, tienes hambre! pues bien! Vamos á buscar que comer... ven: y le estrechó con desesperacion haciendo esfuerzos para levantarse: todo fue en vano; estaba muy débil. Entonces se arrastró por el suelo, sosteniendo á su hijo con el brazo, y ayudándose con las rodillas y la otra mano para llegar, pero la faltaron las fuerzas, se detuvo aniquilada y sin aliento. Miró á la criatura con ojos desencajados y se puso á gritar: socorro! socorro! salvad á mi hijo! y volvió á caer de golpe en el suelo sin poderse levantar pero estrechando siempre al niño entre sus brazos

.....

En el mismo piso de Agustina vivia una anciana enferma y era su única vecina. El cirujano que la asistia oyó aquel grito terrible de angústia y desesperacion y se precipitó generosamente hácia la puerta: estaba cerrada por dentro, pero no escuchando mas que su celo por la humanidad, la hizo venir al suelo.

El ruido hizo volver en sí á Agustina y viendo un hombre á su lado que la cogia la mano, le presentó á Eduardo esclamando: Oh! señor, por piedad, salve V. á mi hijo! para mí todo socorro es ya inútil—le puso el niño en sus brazos y añadió: yo voy á morir! infeliz criatura! no dejo nada á mi pobre Eduardo... qué vá á ser de él? El médico daba al niño unos caramelos al paso que escuchaba á la triste madre con los ojos llenos de lágrimas. De repente una amarga sonrisa apareció en los pálidos lábios de Agustina como si se la ocurriese alguna feliz idea; dirigió una mirada al médico y le dijo con voz débil y estortorosa. Vd. es médico?—Si señora.—Quiero ser útil todavía á mi hijo, yo no puedo dejarle nada, nada. Los cirujanos jóvenes compran... algunas veces... cadáveres... yo le vendo á vd. el mio... si es vd. caritativo... el dinero será para mi hijo... pobre angelito! ah! yo quiero abrazarle. El médico puso á su lado el niño que la colmaba de carícias. Agustina le abrazó muchas veces y lanzando una dolorosa mirada hácia el médico, susurró: con que está concluido... el trato... el dinero... para mi hijo... mi hijo!!! Dejó caer su cabeza, estendió el cuerpo con rigidez y un ligero hálito salió de sus lábios.—Madre, madre mia, gritó el rubito. No respondió. Dale dulces tambien á mi madre, la pobrecita tendrá tambien hambre dijo el niño. El médico lloraba.

Pobre madre! habia espirado y su último pensamiento fué para su hijo: por él vendió su cuerpo durante la vida; por él tambien vendió su cadáver.

IMBERTO GILBERT.

PUERTA DE LA ALAMBRA.

Recuerdos de Granada.

El palacio árabe.

Alcázar de filigrana
Que en tu artesonado ostentas
El mas brillante cobalto,
El oro que el Dauro lleva;
¿Que se hicieron tus alhombras,
Bellos tapices de Persia,
Y alcatifes tunecies
Que el pavimiento cubrieran?
¿Qué, los lindos peveteros
Que en deliciosas esencias
Su humo lento levantaban
A tus cúpulas soberbias?
Cual se disipara el humo
Se disipó tu grandeza,
Y solo hay en tu recinto
Silencio y memorias tiernas!::

El suspiro del moro.

Puestos los tristes ojos en el cielo,
De un albornoz humilde arrebozado,
Boabdil rey de Granada, destronado,
Para siempre se aleja de su suelo.
No mitiga su acervo desconsuelo
El verse de su pueblo rodeado,
Y esclama: ¡ Rey ayer y hoy desterrado!
Corred, corred, ó lágrimas, sin duelo.
La vega pasa, opima, deleitosa,
Y su dolor y su tormento crece;
Dobla una cumbre y de su vista ansiosa
La ciudad y el alcázar desparece,
Y al ver brillar en él la cruz gloriosa
Lanza un hondo gemido y desfallece.

Al Dauro.

¡ Cuantas veces, ó Dauro cristalino,
Habrás en tu corriente retratado
Del árabe galan y denodado
Las garzotas y alfange damasquino!
¡ Cuantas el rostro bello, peregrino,
De una mora, de Vénus fiel traslado!
Y ¡ cuantas del intrépido soldado
De Isabel, el escudo diamantino!
Zambras y cañas y galantes lides
En tus cristales puros reflejaste,
Que encantáron tus plácidas orillas
Con sus damas y apuestos adalides;
Pero el mas bello objeto que copiaste
Es mi amada cogiendo florecillas.

Nicolás Peñalver y Lopez.

Aviso de la redaccion.

Habiéndose concluido la primera edicion ó tirada de diez mil ejemplares que se hizo de los primeros números de este periódico, se hace saber á los señores que se han suscrito últimamente, que se hará otra edicion enteramente igual, para que de este modo puedan completar la coleccion.

Editor responsable R. Solá.

IMPRENTA DE LA COMPAÑIA TIPOGRAFICA.